

Autocaravanas

En contra de la propaganda oficial, saldremos de ésta, pero de juntos, nada

JUAN CARLOS VILORIA
@J_CVILORIA



Todas las autocaravanas disponibles en el mercado de alquiler están ya reservadas para los próximos meses. El miedo a compartir espacio con los demás nos devuelve a los intrépidos 70. Entonces las 'furgo' (DKV, Volkswagen) o el Toyota 'Land Cruiser' representaron el sueño de la libertad: coche, hotel, carretera. La novela 'On the road' de Kerouac fue la gran inspiración de aquellas generaciones. La individualidad, la libertad, el movimiento condensaban el gran objetivo vital. Había que saltar, como fuera, las fronteras familiares, la opresión social y política y poner en valor al individuo por encima de la colectividad. La 'biblia' eran dos libros de Erich Fromm: 'El miedo a la libertad' y 'El arte de amar'. Unos se fueron a Katmandú, otros a asomar la mirada al otro lado del 'telón de acero' y, por supuesto, a Ibiza. Atraían como un irresistible imán la espiritualidad oriental, el socialismo real y el mundo hippie. Había que poner distancia social con una España aislada de todos los movimientos renovadores en París-68, en Berkeley, en Praga. Y para ese fin nada mejor que la autocaravana o la Volkswagen de cuarta mano.

Ahora los sueños son otros. La caravana-life promete poder aparcar en playas desiertas, parques nacionales, cornisas frente al océano. Solo para tus ojos. Lejos de las masas. Se ha disparado el miedo al grupo. El temor al rebaño. Hay pánico a encontrarse atrapado en las colas para entrar en la Galería Uffizi de Florencia o en las estrechas calles de Venecia. La ciudad, la urbe, el metro, el avión se han convertido en temibles máquinas de transporte del virus invisible. Los urbanitas ya no quieren vivir en colmenas con piscina comunitaria y jardín. Les asusta el ascensor, el espacio de juegos de los niños y las plazas de garaje. Aquí no hay quién viva. Ahora fantasean con un pueblo de veinte habitantes y una tienda de ultramarinos que dé comidas y haga pan en el horno de leña. Hasta la empresa o la fábrica se hacen sospechosos después de haber probado las mieles del teletrabajo.

La propaganda oficial da por sentado que vamos a salir «juntos y unidos». Me permito ponerlo en duda. No solo por el distanciamiento social que obligará al distanciamiento físico primero, sentimental después, sino por el distanciamiento político que los guionistas de la crispación se han ocupado en atizar. No sabemos muy bien si nos está esperando un golpe de Estado como anuncia Iglesias o una argentinización peronista de nuevo cuño. Pero lo que está en el ambiente es que, al igual que huímos de aquella España en blanco y negro, muchos tendrán la tentación de conseguirse una 'furgo' y salir pitando de un país partido en dos mitades. Porque la historia no es un concepto lineal, sino una espiral y las situaciones tienden a repetirse, pero en otro nivel y en otro contexto.

Ilustración contra demagogia

ROBERTO R. ARAMAYO

Profesor de investigación del CSIC e historiador de las ideas morales y políticas

Las mentiras circulan a más velocidad que las informaciones fiables y las eclipsan

Al siglo XVIII europeo se lo conoce como Siglo de las Luces por combatir el oscurantismo. Palpitaba el anhelo de verlo todo con una mayor claridad, sin los lastres de la superstición y del prejuicio. La Ilustración se propuso abrir las ventanas de nuestras mentes para exponerlas a la luz del discernimiento y someterlo todo a una crítica fundamentada en argumentos ajenos al dogmatismo.

El proyecto ilustrado tuvo una brigada escocesa, capitaneada por David Hume y Adam Smith –sí, el de la «mano invisible»–. En el París de la Encyclopédie coincidieron Voltaire, Diderot y Rousseau. A Kant, el fichaje prusiano del 'dream team' filosófico ilustrado, le correspondió acuñar la divisa del movimiento.

Atreverse a servirse del propio cacumen. Así se sintetizan las claves de un complejo programa que necesitamos revisitar cada cierto tiempo con ánimo de mirar al futuro. Porque aquellas ideas cobraron vida propia y seguirán palpitando bajo los nuevos problemas que nos circundan. Una cita de Rousseau bastará para comprobarlo. Al inicio del 'Contrato social', leemos: «¿Se me preguntará si soy un príncipe o un legislador para escribir sobre política? Respondo que no y que justamente por eso escribo sobre política. De ser príncipe o legislador, no perdería mi tiempo en decir lo que ha de hacerse; lo haría o callaría. Por débil que pueda ser la influencia de mi voz en los asuntos públicos, el derecho a votar en un Estado libre basta para imponerme el deber de instruirme al respecto».

La política nos concierne a todos en cuanto ciudadanos y como tales no podemos desentendernos de los asuntos públicos. Esto sigue siendo algo muy válido en unos tiempos como los nuestros donde ha calado un desesperante conformismo, como si las cosas obedecieran a un fatídico destino y nosotros no tuviéramos nada que ver con su posible mejora.

Diderot escribe que si le hacen callar



sobre la religión y el gobierno, nada le queda por decir. Voltaire lucha con su disidente ironía contra un fanatismo religioso que ampara el absolutismo político. Para Kant la moral y la política son dos caras de una misma moneda que se implican mutuamente. Sin la orientación ética no puede haber una buena constitución política y sin esta no pueden darse las condiciones que posibilitan un ámbito moral. Todos entienden que las ideas pueden cambiar el orden existente y moldearlo conforme a una praxis orientada por la teoría más idónea para cada momento.

Destacemos sólo uno de los hilos conductores que vertebraron la Ilustración: la publicidad, pese a que se le podían sumar otros como el cosmopolitismo y el republicanismo, asociados a un laicismo inseparable de la esfera pública. Definirse como ciudadano del mundo es una seña de identidad para los ilustrados, que comparten también los ideales de libertad, igualdad y autonomía.

La publicidad constituye para Kant el principio transcendental del derecho y es una piedra de toque para discriminar si

algo es o no injusto, porque a su juicio cualquier cosa que deba mantenerse oculta para triunfar no puede tener un marco jurídico, al igual que no es admisible en la esfera política ni cuenta con un respaldo moral.

El secreto está de capa caída. Mas no porque haya desfallecido su motivación, sino porque ni siquiera hace falta cultivarlo. Hasta no hace tanto la prensa y los medios de comunicación eran llamados 'el cuarto poder'. Bastaba sacar algún escándalo a la luz para neutralizarlo. Nixon dimitió por el 'caso Watergate' antes de ser encausado. En cambio Trump se va de rositas y mantiene que sus fieles le seguirán votando al margen de lo que haga. Lo que se lleva es matar al mensajero.

Para fraseando al Kant de '¿Qué es la Ilustración?', es muy cómodo que los demás piensen por uno y limitarse a buscar sin más en Google o Wikipedia cuanto queremos averiguar. El acceso a la información jamás ha sido tan sencillo. Pero el problema es que tampoco ha sido nunca tan fácil manipular a tantos durante tanto tiempo. Los bulos y las mentiras, que ahora se llaman cosas tan extravagantes como 'fake news', 'hechos alternativos' o 'posverdades' circulan a mayor velocidad que las informaciones más fiables y consiguen eclipsarlas.

Para vacunarse contra esa contagiosa manipulación demagógica disponemos de algo que nos puede inmunizar: el espíritu crítico propio de la Ilustración, que criba los datos y no deja de contrastarlos para decantar un criterio solvente. Lo malo es que quienes transmiten el virus demagógico a veces ni son conscientes de hacerlo, porque se creen asintomáticos, al no dudar jamás de unos mentores que monopolizan verdades absolutas y reniegan con saña de los hechos.

Esta vacuna sí la tenemos a mano y está libre de patentes. Conviene administrarla profusamente a través de una educación pública que busque formar ciudadanos tan autónomos como responsables. Recetemos Ilustración a mansalva y por doquier.

Testosterona

F. L. CHIVITE



Recuerdo que cuando, hace años, vi por primera vez la foto de los abdominales de Aznar me quedé absolutamente fascinado. Es decir, perplejo. Y luego pensé: este hombre es un adelantado a su tiempo. Aquellos abdominales de aspecto pétreo eran sin lugar a dudas el resultado de un esfuerzo igualmente pétreo. Y de las consiguientes horas y horas de esfuerzo callado en el gimnasio. Luego, obviamente, todo eso hay que dejar

que lo vea la gente de un modo espontáneo. En la playa, por ejemplo. Mostrarlo es el objetivo. Y tiene sentido porque se emite un mensaje: soy un tipo duro. Cuando vi la foto de Abascal montado a caballo mirando al horizonte, otro de esos flashes icónicos que hipnotizan a una generación y acaban pasando a los álbumes del imaginario colectivo, pensé lo mismo: el poder se tiene que notar y estos líderes lo saben y saben posar mejor que los de

izquierdas, que parecen intelectuales o algo peor. El domingo vi en 'El País' otra de esas imágenes imperecederas de Abascal y volví a impactarme una vez más: serio, barbado, todo testosterona, con una camiseta del Ejército ceñida a su torso musculoso junto a la bandera de España. Así que volví a pensar que la actitud corporal es un mensaje poderoso: cuidado contigo, parece decir. Y ojito con esta bandera porque es mía, parece insinuar. Intenté imaginarme a Iglesias o al ministro Illa haciendo pesas y flexiones en un gimnasio para desarrollar los músculos y obtener un mínimo de postura física, pero la escena me resultó penosa. No me la creía ni yo. Aunque algo tendrán que hacer, supongo. Está bien que lo suyo sea el cerebro y el estudio, pero como empiecen a tortas llevan las de perder.